

XII

DON QUIJOTE, VENCIDO

También en Barcelona unos cuantos necios se reían de don Quijote. Este don Antonio, amigo del bandolero Roque, encierra los mayores grados de tontería que puede sufrir un hombre.

El Bachiller Sansón Carrasco actúa en esta su segunda batalla como una especie de microbio mortífero.

No es él, en sí, el matador de don Quijote. Este no puede morir sino a manos de sí mismo. Pero es que aún todas las fuerzas hostiles y le da el golpe supremo en uno de los momentos más propicios: cuando don Quijote declinaba y se hacía viejo.

Porque no hay que olvidar que si bien el espíritu quijotesco es de suyo «cosa eterna», su fantasía, su vida quimérica entre nosotros tiene que estar supeditada a la salud de ese hombre de carne y hueso que se llama Alonso Quijano.

Don Quijote, físicamente, tenía que morir. Él encarnó en un hombre, y éste, como todos los hombres, no gozaba de la inmortalidad.

Sansón Carrasco llega a Barcelona y encuentra a don Quijote, ya viejo y un tanto carcomido por una incipiente enfermedad.

En estas condiciones, la lucha es favorable al Bachiller, y nada tiene de particular este vencimiento, que no rebaja la categoría quijotesca lo más mínimo, puesto que Carrasco, dueño de una realidad, hace de ella un arma vigorosa contra un ser para quien esa realidad es una quimera y a quien sólo alienta en la batalla la grácil metáfora de su ilusión. Pero esta metáfora no sirve más de aleteo quimérico, esto es, de ascensión entre Alonso Quijano y don Quijote. Para nada puede servirle en la lucha con la realidad que significa el Bachiller. La metáfora es el alimento de que se nutre la locura de don Quijote. Porque don Quijote, aunque nosotros no lo veamos, mantiene sorda lucha con Alonso Quijano, que no se resigna a hacer únicamente el papel de sostenedor de la gran estatua.

En el Gran Libro aparece muchas veces la voz de Alonso Quijano. Es cuando vemos en don Quijote ráfagas de cordura. Esta parte del Gran Libro es la que menos debe interesarnos, y de aquí el equívoco de algunos sesudos varones al considerarla como la más apreciable y más general de la historia quijotesca. ¡Inmenso error! El gran don Quijote está en las locuras, en todas las locuras, en esos capítulos que hacen reír a los tontos. Por eso digo y afirmo que el Quijote es un libro rigurosamente serio, donde no caben sonrisas ni gracias.

Y Sansón Carrasco quiere luchar contra don Quijote, no contra Alonso Quijano. Pero don Quijote es invencible. Don Quijote no tiene más punto flaco —construcción de barro— que el de su envoltura carnal, su parte quijanésca. Y aunque otra cosa crea el socarrón del Bachiller, a quien venció él en realidad es a Alonso Quijano.

Este hidalgo de Alonso Quijano no es un Sancho Panza, y es de suponer que durante el tiempo que convivió con don Quijote se le pegara algo de la *locura* (1) de éste. Por tanto, la derrota le hirió en lo más hondo, y contribuyó no poco a la definitiva ruina de don Quijote.

Y ahora queremos complacernos en señalar un rasgo de la inmensa tontería del tal don Antonio. Como no se explicaba muy claramente la existencia de un caballero andante que

viniera a luchar con don Quijote, al terminar la batalla, y de acuerdo con el Visorey —otro don Antonio— fuese detrás de aquél con objeto de que le explicara lo que no podía ser otra cosa que una burla. Lo recibió el Bachiller —no tengo a Carrasco por tonto ni por necio, sino por el símbolo de nuestra cordura—, y con amplitud de detalles le explicó el ardid de que se había valido para encaminar a don Quijote a su aldea. Y aquí viene ahora el rasgo que derrota la gran tontería de don Antonio: Como aún no se había cansado de reírse de don Quijote, y el inesperado suceso de su derrota lo alejaba de él, pensó advertir a don Quijote el engaño de su lucha con el Caballero de la Blanca Luna, haciéndole ver que no era más que una treta de su enemigo el Bachiller Carrasco para llevarlo al pueblo.

El necio de don Antonio —que no vio nunca a don Quijote a pesar de tenerlo cerca de sí unos días—, creía que don Quijote haría caso de sus palabras. Porque en el momento que las creyera, ¡adiós Quijote! Moriría a los pocos segundos sin salvación posible. Si al final de la primera parte del Gran Libro, don Quijote se hubiera dado cuenta de que no iba encantado en el carro de bueyes, sino encerrado en él por el Cura y el Barbero de su pueblo, aquí terminaría la gran historia. La vida de don Quijote se habría agotado. Pero no hay temor. Don Quijote no puede morir tan fácilmente a manos de cualquier necio. Si don Antonio va a decirle que no ha luchado con el Caballero de la Blanca Luna, sino con Sansón Carrasco, don Quijote atribuiría el parecido a «vías de encantamiento».

Hemos dicho que el Bachiller Carrasco a quien venció fue a Alonso Quijano, envejeciéndolo, y, como consecuencia, haciéndole imposible la vida en nuestro mundo a don Quijote. Así es en efecto.

Porque yo creo que don Quijote se desprendió de Alonso Quijano a los pocos segundos de perder la que bien podemos llamar batalla definitiva. Y si se fija bien el lector, verá que toda esa melancólica caminata hacia la aldea es el sentimiento que le produce a Alonso Quijano el que se haya desprendido de él don Quijote.

Don Quijote es quimera, es fantasía. Sus propósitos eran vivir en nosotros, apoderarse de nosotros, imponernos toda su intimidación —léanse en el Gran Libro sus historias caballerescas—, y quieras o no, ser el Primero. Don Quijote vino a nuestro mundo introduciéndose en la personalidad de un hidalgo. Se apoderó de él, mejor dicho. Esto quiere decir que un ser puede conquistar a otro ser, sólo a otro, siempre que ese «otro» sea él mismo. Aquí el triunfo de don Quijote fue completo. Después, inmediatamente después, don Quijote se propuso conquistar a los humanos todos. Y quería hacer de ellos dos clases de hombres: una, la clase superior, compuesta por Quijotes; esto es, por caballeros andantes. Otra, compuesta por individuos que creyeran en la existencia de los Quijotes, reverenciándolos como a hombres superiores que eran, hijos predilectos del Gran Espíritu.

Y para conseguir todo esto, don Quijote no sigue el procedimiento del apostolado, sino que se lanza a la calle como caballero andante que cree ser. Es como si esos filósofos moralistas, en vez de escribir gruesos tomos de necedades, hiciesen, se limitasen a hacer la vida ejemplar que predicaban. Y también como si esos «pequeños ídolos» de la política, en vez de vociferar estas o las otras ideas, siguieran como individuaciones o individualidades esas rutas ciudadanas. Y a esto es a lo único que hay derecho. Bien es verdad que don Quijote no se contentó con eso sólo, sino que bien armado, escudándose en Alonso Quijano, malhería a los desconocedores del Gran Espíritu. Pero dijimos ya que el fracaso de don Quijote, a este respecto, fue rotundo. A los hombres —digo a los hombres, no a los

hombrecillos— no se les puede perforar. Y a los hombres, no a los hombrecillos que forman el vulgo (2) y la soez canalla, es a los que pretendió perforar don Quijote.

Don Quijote fue siempre optimista. Nunca vaciló en la realización plena de sus propósitos. Porque hemos de hacer constar que no sufrió contratiempo alguno. Alonso Quijano, en los primeros días de caballería andante, soportaba los palos de yangüeses y las pedradas pastoriles. A don Quijote estos sucesos no le producían dolor. Porque los palos y las pedradas caían sobre las espaldas de Alonso Quijano, y entre ellos no había reciprocidad de influencias. Fue Alonso Quijano quien se identificó con don Quijote, abandonando su cordura. No fue don Quijote quien se identificó con el hidalgo.

Cuando don Quijote sintió realmente el golpe fue en la derrota con el Bachiller Carrasco. El golpe —la desilusión— le hizo abandonar a Alonso Quijano y marcharse. Don Quijote se vio fracasado y desapareció. Y desaparecer no es morir, sino que muchas veces significa vida más plena.

Y don Quijote, desapareciendo, consiguió entre nosotros esa vida más plena.

Ahora bien, Alonso Quijano, que ya no era el primero, sino que ya tenía muchos grados de quijotismo, hizo algún tiempo el papel de don Quijote.

Si Alonso Quijano hubiera seguido haciendo de don Quijote por el mundo —por el nuestro— aun después de marcharse, de desaparecer éste de él, la vida quimérica de don Quijote estaría adornada con el resquicio de un triunfo, triunfo selecto sobre un solo hombre. Pero Alonso Quijano se muere a los pocos días de agotarse el último reflejo de don Quijote.

Aquí debían terminar nuestros comentarios al Gran Libro, porque estamos seguros de que la personalidad de don Quijote entre nosotros es ya un recuerdo.

Pero Alonso Quijano requiere nuestra atención aún. Es un digno albacea de don Quijote y él ha de terminar en debida forma la abstracción magnífica.

Camina hacia la aldea desarmado, melancólico, sufriendo interiormente, con profundo y lacerante dolor de hombre, con un ceño inmenso de amargura y de tedio, sin don Quijote en una palabra, que era para él el resumen de todas las magnificencias y de todas las alegrías.

Va sobre «Rocinante» mirando al suelo, sin oír las frases panzunas, dolorido, con graves preocupaciones y sintiendo sobre sí el peso enorme de los anhelos muertos y de las esperanzas fracasadas.

Por si fuera débil el foco de tristeza y de desolación de su intimidad agraviada, una pira de cerdos pasa por encima de él como una gran ironía, aturdiéndole con el asqueroso olfateo del bruto. ¡Pobre Alonso Quijano!

Mas a pesar de todo, él sigue Quijote, Quijote claudicante, es verdad, pero Quijote. Y será Quijote, tendrá alguna ráfaga suya, hasta el lecho de muerte, hasta sus días postreros, en que el anhelo final desaparecerá para que pueda contemplarse más a sus anchas. Alonso Quijano —él— se ve entonces, cuando el último reflejo de don Quijote se marchó de él porque él ya no tenía fuerza para retenerlo. Y el pobre Alonso Quijano, sin quijotismo, al no poder comprender su vida pasada, su vida aventurera y grande con don Quijote, dice que le perdonen, que ha sido un loco...

Notas

- (1) Léase también materia o etopeya peculiar. Porque, claro es, Don Quijote en su centro no era un loco. Llamamos locura a su fantasía, a su quimera, a su excentricidad.
- (2) Damos a la palabra vulgo la extensión que le dio don Quijote hablando con el Caballero del Verde Gabán.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

>DOCUMENTO: Quijote_016